

LA ESCARLATINA

Oda

¿Cómo es que solitaria está sentada
La opulenta ciudad, hoy abatida?
¡Cual viuda abandonada,
Y en dolor sumergida,
De cien provincias la ínclita señora
Sin regia pompa y enlutada llora! ⁽¹⁾

¡Ya se fue la hermosura
De la hija de Sión!... Sus anchas puertas
Derrumbadas, desiertas,
Publican su desastre y amargura.
Y en fúnebres querellas
Gimen sus sacerdotes y doncellas.

A la hija de Sión, ¡oh Dios tremendo!
Cubrió de oscuridad tu mano airada,
Porque a ti desoyendo
Corrió desenfrenada;
Y al tocar de sus crímenes la cumbre,
Probó aflicción y dura servidumbre.

Sus muros dominantes
La virgen de Judá mira enlutados;
Ni cánticos sagrados
Resuenan en su templo... ¡Oh caminantes,
Decid, yo os desafío,
Si hay un dolor que iguale al dolor mío!

Así en Jerusalén desamparada
Sus ruinas el Profeta contemplando,
Con voz acongojada
Se lamentaba, cuando
El Dios de las venganzas por castigo
La abandonó al poder de su enemigo.

Y tú, ¡oh patria afligida!
Del contagio cruel, ¿a quién lamentas?
¿Cómo librar intentas
Los hijos de tu amor, cuando extendida
Miran la espada fuerte,
Y en la respiración beben la muerte?

¿Cómo al Juez vengador en desagravio
No levantas, ¡oh mísera! tus preces?
Mas, ¡ay! sellas el labio,
Confundida enmudeces;
¡Y el remedio a tu inmenso desconsuelo
Lo buscas en la tierra y no en el cielo!

¿No oyes cuán doloroso
Doquier suena el clamor? La triste viuda
En su aflicción aguda
Se abraza del cadáver del esposo,
Le estrecha, y afligida
Quisiera con su aliento darle vida.

Aquí una madre en queja lamentosa
Exhala su dolor; y delirante
Besa, y besa ardorosa
Al hijo que expirante
Trasmite, ¡oh Dios! a su materno seno
Con el postrer suspiro su veneno.

Allí gime afligido
En torno a un ataúd el triste esposo;
Aquí más clamoroso
El tierno infante con acento herido
Llora, porque ha quedado
En mísera orfandad desamparado.

Con fatal estridor cruzar se miran
Los carros de la muerte pavorosos,
Que ya cansados tiran
Los brutos vagarosos,
Anunciando su fúnebre trofeo
Los oscuros penachos del arreo.

Nadie en el ansia fiera
Osa aspirar el aire inficionado;
Mas, ¡oh inútil cuidado,
Si de improviso asaltan, y doquiera,
Al débil como al fuerte,
Los feos paroxismos de la muerte!

En la desolación e inmenso duelo,
Ya el triste llanto y la plegaria ansiosa

Desoye airado el cielo;
Y la muerte horrorosa,
Para tragar más víctimas, hambrienta
Su vientre ensancha, y su furor aumenta.

Ya en las auras tremendo
Vibra su espada el ángel del espanto;
El abismo entre tanto
Lanza un clamor de gozo, recibiendo
Las numerosas almas,
Y la profundidad bate sus palmas. ⁽²⁾

De una joven en féretro enlutado
He allí el cadáver lívido y adusto:
¡Cuál la han abandonado!
¡Ya con horror y susto,
Nadie se acerca en torno de la que antes
Era tan bella y tuvo mil amantes!

¿Do está la faz serena,
La graciosa sonrisa, el rojo labio?
¿Quién con bárbaro agravio
Mudó en cárdeno lirio la azucena?
¿Do está el dorado lecho?
Los que ayer la servían... ¿qué se han hecho?

Así, de mil terrores afligidos,
Todos en larga noche se estremecen,
Y apenas se adormecen,
Cuando ya en los oídos
Suenan al primer albor de la mañana
El eco funeral de la campana.

Quien despierta, y su pecho
Viendo de rojas manchas salpicado,
Al punto horrorizado,
¡Escarlatina! exclama desde el lecho;
Y a su voz repentina
Todos huyen gritando: ¡Escarlatina!

La prole de Esculapio se confunde,
Y las tinieblas de su error no aclara,
Y el mal acrece, y cunde;
¿Quién, ¡ay Dios! nos ampara,
Si los hijos del arte en competencia
Divagan en las sombras de su ciencia?

En tan aflicta suerte,
Cercada de la parca y sus despojos,
Vuelve, ¡oh patria! los ojos
A Aquel que es solo sabio, solo fuerte;
Y es el único medio,
Que el que te ha dado el mal te dé el remedio.

Vuelve ya presurosa... en su amargura
Ve cual tendió su mano al israelita
Con paternal ternura;
Pero también medita
Que le dijo con eco tempestuoso:
Soy el Señor tu Dios, fuerte y celoso ⁽³⁾

Porque en su fe confía
Vence David al bárbaro gigante;
Él concede triunfante
A Jehú las victorias... mas la impía
Jezabel obcecada
Fue por hambrientos perros devorada.

Con diez plagas, que anuncian sus furores,
Intima a Faraón que endurecido,
Se obstina en sus errores;
Y cuando al escogido
Pueblo va a devorar con torpe enojo,
Le sepulta en las ondas del mar Rojo.

Allí el tirano mismo,
Sus carros, sus caballos y guerreros,
En remolinos fieros
Bajaron corno el plomo al hondo abismo,
Que henchido de repente
Extendió, rebramando, su corriente.

Tú sólo, sí, mi Dios, fuerte y piadoso;
A la patria infeliz salvar pudieras;
Tú que oyes bondadoso
Las preces lastimeras;
Mas ¡ay del pueblo impío a quien desamas,
Si en tu furor tu indignación derramas!

Oye, pues, su lamento,
Y el hondo cáliz de tu grande ira
Retira, ¡oh Dios! retira,

Purificando el aura con tu aliento,
Por que en tu templo santo
Resuene de alegría el dulce canto.

⁽¹⁾ El fondo y el tono de esta estrofa, y las tres siguientes, son una imitación expresa de las lamentaciones de Jeremías.

⁽²⁾ Imitación del Profeta Habacuc. El abismo dio su voz, la profundidad alzó sus manos. Cap. III, vers. X.

⁽³⁾ Éxodo, Cap. 20, Vers. 5.

ACUÑA DE FIGUEROA, Francisco: *Nuevo Mosaico Poético*. Claudio García & Cía., Editores, Montevideo, 1944, pp. 9-14.